
SILABARIO O “MÉTODO UNIFORME” DE IGNACIO MONTERO PARA ENSEÑARA A LEER Y ESCRIBIR DURANTE EL IMPERIO MEXICANO

LEONEL CONTRERAS BETANCOURT

RESUMEN:

En el año e 1822, la segunda Regencia, en la víspera del establecimiento del Imperio mexicano, le autorizó al maestro Ignacio Montero la publicación de un silabario elaborado por él, compuesto de dos y hasta cuatro sílabas y que colocadas alfabéticamente en carteles puestos en la pared, los niños aprenderían de manera uniforme a pronunciar y a escribir al mismo tiempo. Asimismo, uniendo o deletreando las palabras, podrían explicar oraciones que significan pensamientos. A esta innovación pedagógica su autor la bautizó con el nombre de “método uniforme para leer y escribir a un tiempo”. Autorizada su publicación y empleo, comenzó por aplicarse en todas las escuelas de niños y en las “Amigas” del Ayuntamiento de México a partir de los tiempos del Imperio iturbidista. De esta manera se puso en práctica el principio de la uniformidad de la enseñanza de las primeras letras. El método en cuestión, aparece en la transición del antiguo al nuevo régimen, cuando la Nueva España pasa a se México y cuando llega al nuevo país la moda que represento el método lancasteriano o sistema de enseñanza mutua que coexistió con el método antiguo. La propuesta de montero se inscribe dentro del sistema mutuo. El método de Ignacio Montero lo constituye básicamente el silabario, si bien también puso atención a los otros ramos del nivel elemental: aritmética y moral, sobre todo esta última.

PALABRAS CLAVE: montero, Imperio, método, uniforme, escuelas, primeras, letras.

INTRODUCCIÓN

Antes de que se cumpliera un año de vida independiente mexicana, el 19 de marzo de 1822, la Regencia, otorgó permiso por medio de un decreto firmado por José Manuel Herrera¹ para que el maestro Ignacio Montero además de

¹ H. Musacchio, Diccionario Enciclopédico de México. Ilustrado, 1990, Vol. 2 p. 834. José Manuel Herrera, tlaxcalteca de nacimiento, sobresalió como capellán e insurgente durante la guerra de independencia. Fue uno de los promotores de la coronación de Agustín de Iturbide.

abrir una Academia de taquigrafía, publicara un silabario que había elaborado². Dicho silabario, en opinión de su autor, buscaba sustituir o superar “la torpeza de la cartilla antigua”,³ que impedía palpar “rápidos progresos... no sólo en los niños, sino en tantos adultos”⁴. A su vez, a través del empleo del silabario, los maestros de las escuelas de primeras letras podrían uniformar la enseñanza de estas. De ahí que Ignacio Montero, lo llamara “método uniforme para leer y escribir a un tiempo”⁵.

La presente ponencia se ocupa de la iniciativa pedagógica e innovadora del maestro Montero, que buscó y logró aplicar y difundir más allá de las escuelas en donde trabajó con el apoyo y aprobación de las autoridades. El ideó y comenzó a emplear su método uniforme desde 1815 y siete años después logró la autorización para que con el se enseñara a los niños de las escuelas del Ayuntamiento de la ciudad de México. El método uniforme para enseñar a leer y escribir de Montero comenzó a extenderse durante el primer Imperio Mexicano, tras ser designado por el Congreso Agustín de Iturbide, emperador.

El método en cuestión se aplicaría como parte del método lancasteriano o sistema de enseñanza mutua, recién llegado por ese tiempo a nuestro país y que había sido aplicado con éxito tanto en Inglaterra como en otros países de Europa y de América.

EL TIEMPO DE IGNACIO MONTERO

El maestro Ignacio Montero, como le gustaba presentarse, fue uno de los viejos preceptores de escuelas de primeras letras que vivió la transición del antiguo al nuevo régimen. Miembro de una familia en la que sus integrantes abrazaron el oficio de enseñar, su esposa e hijo, Juan Evangelista trabajaron instruyendo y educando a niños y jóvenes en escuelas elementales. Habiéndose iniciado

Entre septiembre de 1821 y mayo de 1822 ocupó el cargo de relaciones exteriores de la Regencia, ministerio en el que se atendían los asuntos relacionados con la instrucción.

² AGN. Gpo. Doc. 123, “Solicitud de Ignacio Montero para la publicación de un silabario y el establecimiento de una Academia de Taquigrafía”, Justicia e Instrucción Pública, f. 4

³ Idem. f. 2 v.

⁴ Idem. fjs. 2 y 2 v.

⁵ Idem. f. 1 v.

como maestro cuando despuntaba el siglo XIX, le tocaron vivir los tiempos turbulentos y difíciles de la renuncia de Carlos IV y la abdicación de Fernando como monarcas del Imperio español y la crisis generalizada previa, durante y después de la guerra de independencia mexicana.

Durante las primeras dos décadas del siglo mencionado la instrucción primaria no fue ajena a la crisis por la que atravesaba la sociedad. La falta de documentos de archivo que informen sobre este asunto nos lleva a pensar que lo más probable es que durante este periodo de nuestra historia se caracterizaron por la falta de maestros y el establecimiento de escuelas.

Como es sabido, con la entrada del ejército trigarante (religión, unión e Independencia) a la Ciudad de México, el 27 de septiembre de 1821, se da por consumada la independencia de México, tras el consenso que suscito en los bandos insurgente y realista y entre las fuerzas vivas el Plan de Iguala pensado por Iturbide y la negociación de este con Juan Odonoju como Jefe Político enviado por las cortes españolas, para terminar con la guerra que durante más de una década había confrontado a los mexicanos.

Como bien dice Luis Villoro, la revolución de independencia tuvo como saldo el no haber logrado,

ninguna transformación importante del antiguo régimen. Ante las innovaciones del liberalismo, reivindica ideas conservadoras. Sobre todo se trata de defender a la Iglesia de las reformas que amenazan y a las ideas católicas de su “contaminación” con los filosofemas liberales. De allí el apoyo entusiasta, incondicional, que presta la Iglesia al movimiento. Lo presenta como una santa cruzada para salvar a la “santa religión amenazada” y a Iturbide como a un “nuevo Moisés”, enviado por Dios. A la defensa de la religión se une la del monarca español, garante de la continuidad y estabilidad del sistema. Después del triunfo se establece una regencia provisional destinada a cumplir con los tratados de Córdoba y guardar la Corona al futuro soberano⁶.

¿Qué es lo que había cambiado tras la cruenta guerra? Prácticamente nada, salvo el ánimo y el deseo de terminar con el conflicto. El nuevo país nació con

⁶ Villoro, Luis, “La revolución de independencia”, en Historia General de México, México, El Colegio de México, 2004, p. 520.

una economía en crisis y las finanzas en bancarrota, situación que se venía arrastrando desde finales del siglo anterior cuando se confiscaron los fondos de las cajas de las comunidades indígenas, y se expropiaron fondos y recursos del clero a través de los reales vales para que España pudiera sufragar los gastos que ocasionaban las guerras contra Inglaterra y Francia. A lo anterior, habría que agregar la quiebra de la minería como consecuencia de la guerra y el clima de inestabilidad que propició. Tal ha sido nuestro devenir histórico, lleno de paradojas y contradicciones.

Entre la consumación de la independencia y el Imperio iturbidista el órgano de gobierno encargado de los asuntos políticos fue la Regencia. Hubo dos regencias durante este breve tiempo de apenas ocho meses que va de septiembre de 1821 a mayo de 1822⁷.

En materia educativa, la instrucción de las primeras letras estuvo regida por la Constitución Política de la Monarquía (marzo 18 de 1812) y las disposiciones de las cortes de Cádiz, además de las cédulas reales de la monarquía restablecida. Así por ejemplo, el artículo 366º de la Constitución referida ordenaba a “todos los pueblos de la monarquía” para que abrieran escuelas de primeras letras y se enseñara en ellas los ramos lectura, escritura, aritmética y religión católica, así como el de moral cívica. Por su parte, relacionado con el método del maestro Montero, el artículo 368º hablaba de un plan general de “carácter uniforme para España y sus dominios”⁸. Por uniformidad de la primera enseñanza se entendió a lo largo de todo el S. XIX, enseñar con un mismo método, con los mismos textos para cada uno de los ramos, con los mismos silabarios, cartillas y catones. Ese y no otro era el propósito del método uniforme con su silabario para enseñar a leer y escribir al unísono. Consumada la independencia, El reglamento general de instrucción pública, aprobado en junio de 1821, quizá conocido por el maestro Montero, fijaba entre sus puntos básicos, además de su carácter gratuito, que la enseñanza

⁷ Musacchio, H. op. cit. Vol. 3, p. 1704.

⁸ Meneses Morales, Ernesto, Tendencias educativas oficiales en México, 1821-1911, México, CEE-UIA, 1998, p. 87.

sostenida por el Estado sería “pública y uniforme... debería emplearse un solo método de enseñanza y los mismos libros elementales en todas las escuelas de primeras letras”⁹.

Otro elemento que se debe tomar en cuenta en la zaga de la historia de la educación mexicana es la llegada del sistema lancasteriano. Para 1819 ya existía una escuela lancasteriana o de enseñanza mutua dirigida por el profesor Andrés Gonzalez Millán. Aunque se menciona que el método lancasteriano no fue creación suya, se atribuye a los ingleses Andrew Bell haberlo mejorado y a Joseph Lancaster su perfeccionamiento. La Compañía lancasteriana se fundó en México en 1822 con la apertura de las escuelas “El Sol” y “La filantropía”¹⁰.

La escuela lancasteriana a la par de la enseñanza libre representaron los mejores medios para fomentar y extender la educación entre amplios sectores populares en el naciente México independiente.

El método lancasteriano o sistema de enseñanza mutua:

Consiste en que el director y preceptor a la vez de una escuela, podía tener bajo su responsabilidad a una gran cantidad de niños a los que se instruía con el apoyo de un auxiliar y los alumnos más sobresalientes a los que se conocía como instructores o monitores. El secreto del método radicaba en que se dividía al numeroso grupo en subgrupos. Estos se integraban en “semicírculos”, los que bajo la dirección de los monitores repasaban la práctica de la lectura deletreando, silabeando o leyendo palabras o frases según el nivel de avance de cada alumno. Recurriendo a la memorización se tomaban las lecciones impartidas y se repetían las tablas de sumar y multiplicar que junto con las de restar y dividir se conocían como “cuentas”.

Con el nuevo sistema se siguió enseñando los ramos tradicionales de las escuelas de primeras letras: escritura, lectura, aritmética y doctrina cristiana fundamentalmente. Sus ventajas con respecto al método antiguo es que permitía tener ocupados a los niños durante todo el horario de clase. El que un solo maestro auxiliándose de los alumnos más aventajados bastara para atender a un grupo numeroso, lo hacía más económico. También los padres y alumnos se vieron beneficiados al sustituir en las primeras clases el papel y la tinta por cajas de arena en las que aprendían los alumnos a escribir¹¹.

⁹ Idem. p. 88.

¹⁰ Idem. p.89.

¹¹ Contreras Betancourt, Leonel, Escuelas lancasterianas de Zacatecas en la Primera República Federal, 1823-1835, Zacatecas, México, UPN, 2005, pp. 61-62.

La respuesta a la solicitud del maestro Montero para publicar y emplear su silabario ocurrió antes de que finalizara la primera Regencia. Aunque para entonces Iturbide ya era la figura política más importante del espectro mexicano, Montero no tuvo que dirigirse a él para tener respuesta a su demanda.

IGNACIO MONTERO, MAESTRO

Dueño de las luces propias de un ilustrado de su época, con los conocimientos necesarios y la capacidad de iniciativa e innovación como para haber ideado un silabario que debería ser empleado como un método uniforme para la enseñanza simultánea de la lectura y la escritura, Ignacio Montero tenía todos los merecimientos para ser un maestro como se hacía llamar. Era más que un simple preceptor o un sobresaliente profesor. La notoriedad que alcanzó lo llevó a estar entre los maestros más famosos durante el Imperio de Iturbide¹².

Ignacio Montero comienza diciendo en su solicitud (sin fecha precisa) para que le aprueben el uso de su silabario y empleo de su método uniforme que se había estrenado, vía examen de oposición, como “profesor” en el año de 1800, “con el deseo de fructificar en la tierna juventud, las sabias máximas que forman al corazón del hombre religioso, político y social”¹³.

En 1803 estuvo como encargado de la escuela pía de Nuestra Señora Madre de Guadalupe. Después de estar como director en esta escuela cuatro años, fundó otra en la que tras 14 años, se declaraba “satisfecho de que por el método uniforme de leer y escribir en un tiempo, he logrado ver distinguidos a mis discípulos con los empleos más honoríficos”¹⁴. No menciona el nombre de esta segunda escuela en la que se encontraba al frente al momento de hacer su solicitud para que le aprobaran la publicación y difusión de su silabario. Con argumentos como el anterior en el que hace énfasis en las bondades y logros

¹² Tanck Estrada, Dorothy, La educación ilustrada, 1786- 1836, México, El Colegio de México, 1998, p. 156.

¹³ AGN, op. cit. fj. 1

¹⁴ Idem. fj. 2.

del método, desde 1815, solicitó al Ayuntamiento de la ciudad de México que se extendiera a toda “la enseñanza pública tanto (sic) de ambos sexos”.

En plena guerra de independencia, “el juez del Arte” (se refiere al juez del Gremio del nobilísimo Arte de enseñar a leer y escribir), no lo autorizó. Dorothy Tanck refiere que las autoridades del Gremio al serles solicitada su opinión sobre el método, no aceptaron el texto que incluía el silabario y método de Montero¹⁵. Su autor, atribuye la no aprobación a un “solo capricho”, sin precisar cual.

EL SILABARIO COMO MÉTODO UNIFORME PARA ENSEÑAR A LEER Y ESCRIBIR

Lo que movió a Montero a crear su método simultáneo fue el reto de vencer la resistencia de los profesores “desorganizados”, para uniformar la enseñanza. Durante los 18 con los que Montero había enseñado con su método uniforme, lo había hecho como parte de la enseñanza libre que permitía que cualquier persona por iniciativa propia o con el respaldo de un mecenas, dirigir una escuela y enseñar las primeras letras a grupos de niños. Pero lo que él deseaba era extenderlo a todas las escuelas públicas comprendidas en la jurisdicción territorial del Ayuntamiento de México, pues se dio cuenta que “la falta de método, producía la total desaplicación en los discípulos, por lo que me determiné a organizar el más atractivo, acomodado y sencillo a la corta capacidad de los niños”¹⁶.

Fue desde la Escuela pía antes citada, en donde elaboró y enseñó con “un silabario compuesto de dos hasta cuatro silabas que colocados alfabéticamente en carteles puestos en la pared, aprendieran uniformemente a pronunciar y a escribir al mismo tiempo las silabas que uniendo o deletreando las palabras explicaran las oraciones que significan los pensamientos”¹⁷. Esta práctica de escribir sobre carteles las lecciones, unidos a los muros del salón de clases se empleo tanto con el método antiguo como con el mutuo o lancasteriano.

¹⁵ Tanck, Dorothy, op. cit. p. 158.

¹⁶ AGN, op. cit., fj. 1.

¹⁷ Idem., fj. 1 y 1v.

Como parte del sistema de enseñanza mutua, se buscaba que en las escuelas de primeras letras, incluidas las “Amigas” (escuelas para niñas) de la “Corte imperial y en los pueblos inmediatos”, adoptaran mediante el empleo del método simultáneo “una moda que sirva de aumentar (sic) prósperamente nuestra comenzada y deseada libertad, para que sepan defender los derechos de nuestra sagrada religión, para obedecer ciegamente las sabias leyes que nos gobiernan y para que V.E. tenga el complemento de ver cumplidos los altos deseos que felizmente emprendió”¹⁸.

No hay duda de que las anteriores loas y cumplidos Montero las dedica a Iturbide, pero, tampoco se puede ocultar que entre los objetivos que perseguía su método, estaban la educación de los niños en el ramo de moral, tanto religiosa como política.

El método uniforme simultáneo no se concretaba al empleo del silabario, incluía además las reglas de escribir en papel pautado “diagonalmente, de modo que conocieran la estructura de las letras para la formación de los trazos de que cada una consta y enmendaran los defectos en que incurrían”¹⁹. También contenía un cuadernillo con extractos de “una copia de los catecismos de los padres de las escuelas pías y Cliaiset”, Montero agrega en su alegato que acompaña a su solicitud que el catecismo al que se alude, “por estar aprobado, se ha hecho extensivo a muchas de las escuelas y amigas del imperio mexicano”²⁰.

Otro apartado del método era el ramo de aritmética. Aquí su autor formó las tablas para cada una de las cuatro reglas. Se refiere a las operaciones básicas de sumar, restar, multiplicar y partir como se conocía a la división. También habla de la regla de la “cuarterola”.

Pero sin duda, la parte fundamental del “método uniforme para leer y escribir a un tiempo”, lo constituía el silabario que abarcaba 8 fojas. En la solicitud para su aprobación, Montero anexa las ocho láminas en forma de carteles. Su

¹⁸ Idem., fj. 3v.

¹⁹ Idem., fj. 1.v.

²⁰ Idem. fjs. 1v. y 2.

diseño es muy simple. El primer cartel comienza con las vocales a las que se agregan una o dos sílabas que forman palabras:

A-ba. ala.
E-va. e-le.
I-ra. i-ba.
O-la. o-ra.
U-ña. u-so.

Después aparecen de igual forma el resto de las letras del abecedario. A las ocho fojas del silabario se agregan dos más que contienen los “periodos para leer con puntuación”. Dichas reglas, en las que se busca que los niños sepan usar las comas y los puntos, aparecen con un texto de máximas y preceptos morales.

CONCLUSIÓN

Cuando al maestro Ignacio Montero le autorizan la publicación para que se aplique en las escuelas de primeras letras del Ayuntamiento de México su silabario, coincide una doble transición: ocurre cuando se está en el tránsito del antiguo al nuevo régimen político, en la coyuntura en la que la Nueva España se convierte en México. La otra, es la llegada del método lancasteriano o sistema de enseñanza mutua. Dentro de este último, con sus reglas, Montero elaboró su método. Previamente, aprovechando las bondades de la enseñanza libre, ya tenía 18 años utilizando en las escuelas que dirigió.

Ignacio Montero por el tiempo en que le autorizaron la publicación y empleo de su silabario, estuvo a punto de ir a trabajar a la ciudad de Zacatecas, las autoridades del Ayuntamiento buscaron contratarlo para que fundara una escuela de enseñanza mutua. De haber ido a ese lugar, le pudo haber correspondido el honor de haber sido el primer director de la Normal lancasteriana que terminó fundándose en 1825²¹. No fue, quizá porque se

²¹ Contreras Betancourt, Leonel, op. cit. pp. 76-81.

encontraba ocupado con la publicación y extensión de su silabario en las escuelas del Ayuntamiento de México.

Entre las bondades del “método uniforme para enseñar a leer y escribir a un mismo tiempo”, su autor menciona:

El método uniforme es utilísimo para desterrar la ignorancia en la que hasta ahora se ha caminado. Todos los ricos se aborrecen, cuando se conocen. Todas las virtudes se abrazan, cuando se aman y todos estos conocimientos se discurren, por la lección de los buenos libros. Un juicio fundado en la apariencia se rectifica por que es fundado en la verdad conocida. Y un juicio de pura costumbre es corregido, por otro de reflexión expresa. El uso de la lectura con puntuación afina el oído, por que se une prontamente con los sonidos, y el juicio forma el entendimiento por la hermosura de las consonancias²².

Vemos pues que para el maestro Ignacio Montero, resultaba muy importante aprender bien desde la tierna juventud a leer y escribir al mismo tiempo. Y para ello al lado de una educación moral, su método uniforme era una buena oferta para alfabetizar a los mexicanos en los tiempos y circunstancias en que le tocó vivir.

Con el empleo del silabario y método mencionado se contribuiría a tratar de cumplir con lo que establecía El reglamento general de instrucción pública, aprobado en junio de 1821, que fijaba entre sus puntos básicos, además de su carácter gratuito, que la enseñanza sostenida por el Estado sería “pública y uniforme... debería emplearse un solo método de enseñanza y los mismos libros elementales en todas las escuelas de primeras letras”.

Ignacio Montero junto a su tocayo Ribott (autor de un vademécum matemático y de un opúsculo sobre la organización y método de las escuelas lancasterianas), Andrés González Millán y tantos otros de sus contemporáneos que se desempeñaron como maestros de escuelas de primeras letras, fueron unos románticos ilustrados que apostaron en el alfabeto toda su fe para sacar al México que nacía a la vida independiente de la ignorancia y estado de tinieblas en que se encontraba.

²² Idem., fjs. 2v y 3.